

Deportados de Villanueva de Córdoba en campos de concentración nazis

Francisco Rojas Castellano

*Es una noble misión rescatar del olvido
a quienes merecen ser recordados
Plinio el Joven (siglo I)*

Introducción

Recordar es un ejercicio necesario en la historia de los pueblos. Una colectividad necesita conocer los hechos pasados para darle un sentido al presente y poder construir un futuro mejor. Como dice Primo Levi (superviviente del campo de exterminio de Auschwitz): «Si no recordamos nos ocurrirán cosas terribles porque la memoria es un instrumento para el futuro».¹ De ahí la frase tantas veces mencionada de que «los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla». Pero no hablamos sólo de aquellos personajes que aparecen en los libros de historia sino de héroes anónimos, personas que con sus acciones también influyen en la vida de los pueblos. Entre estos «héroes» están los hombres nacidos en Villanueva de Córdoba que murieron o sobrevivieron a los campos de concentración nazis.

Su drama, durante tanto tiempo ignorado, debe ser conocido. En primer lugar por un motivo de estricta justicia: se trata de hombres que, a su pesar, vivieron una de las situaciones más terribles del siglo XX y cuyo único delito fue defender la legalidad republicana y luchar contra el fascismo. Por ello tenemos una deuda moral con las víctimas y con sus familias. En segundo lugar porque las nuevas generaciones deben comprender que la democracia y las libertades de que hoy gozamos no han salido de la nada sino que son fruto del esfuerzo y el sacrificio de muchos, que no luchaban sólo por su presente sino por construir un mundo mejor. Y por último, conocer su sufrimiento y, en algunos casos, su dramático final, debe servir para que estos hechos nunca más vuelvan a repetirse, para que estos «monumentos de barbarie y crueldad» nunca más formen parte de la historia.

Sin embargo realizar su biografía es una tarea, hoy día, muy difícil puesto que los protagonistas ya no viven y carecemos por ello de sus testimonios directos. Los únicos posibles son a través de familiares, nacidos y residentes en Francia, que apenas recuerdan lo que contaban sus padres o abuelos. Sin embargo, a pesar de estas dificultades hemos conseguido datos de nueve deportados: cuatro murieron en los campos de concentración de Mauthausen y cinco sobrevivieron,

¹ LEVI, Primo: *Si esto es un hombre*, Muchnik editores, Barcelona, 1995.

uno de ellos en el campo de concentración de Buchenwald. ¿Qué circunstancias llevaron a estos hombres a morir en Austria, tan lejos de su tierra?

1. El exilio

Tras la batalla del Ebro y la ofensiva de las fuerzas franquistas sobre Cataluña se produjo un éxodo masivo de refugiados hacia la frontera francesa. Entre febrero y marzo de 1939 una enorme masa humana compuesta de unos 470.000 refugiados (de ellos unos de 170.000 mujeres, niños y ancianos) cruzó la frontera francesa. El recibimiento por parte de las autoridades no fue nada cordial. Los refugiados fueron encerrados en campos de internamiento, rodeados de estacas y alambres de púas, a la intemperie, sin ninguna construcción donde refugiarse cuando llovía o hacía frío, durmiendo en el suelo, sin apenas alimentación y sin asistencia médica. Los comunistas y anarquistas, considerados más peligrosos, fueron llevados a campos de prisioneros separados, donde los mantuvieron bajo un régimen de trabajos forzados. Alrededor de 275.000 españoles pasaron por estos campos y unos 35.000 murieron víctimas de las pésimas condiciones de vida a que fueron sometidos.

Con el tiempo se llevaron a cabo trabajos de construcción que mejoraron la vida de los internados, aunque la salud y los suministros continuaron siendo muy deficientes. Uno de los factores que contribuyó a esta mejora fue la solidaridad y el compañerismo que mostraron los españoles desde un primer momento, solidaridad que seguirían mostrando en los campos de concentración nazis.

Con el estallido de la II Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1939, el gobierno francés alarmado ante la posibilidad de una guerra con Alemania y necesitado de personal para preparar la defensa, ofreció a los encerrados la posibilidad de escoger entre varias opciones:

- integrarse en Compañías de Trabajadores Extranjeros,
- alistarse en la Legión Extranjera,
- alistarse en los Batallones de Marcha (unidades militares con mandos franceses).

La mayoría de los republicanos españoles rechazaron encuadrarse en unidades militares a causa del resentimiento que sentían por el indigno trato recibido, ya que no habían sido tratados como militares y por tanto no querían ser soldados al servicio de Francia. Por ello, la mayoría eligieron la primera opción y se enrolaron en Compañías de Trabajadores Extranjeros, unidades militarizadas integradas por unos 250 hombres mandadas por oficiales franceses. Unos 50.000 españoles fueron empleados en la construcción de carreteras, puentes, presas, obras de fortificación, tala de árboles, trincheras, etc. De este número, unos 12.000 fueron enviados al norte para reforzar las defensas de la «Línea Maginot», un conjunto de obras de fortificación a lo largo de la frontera

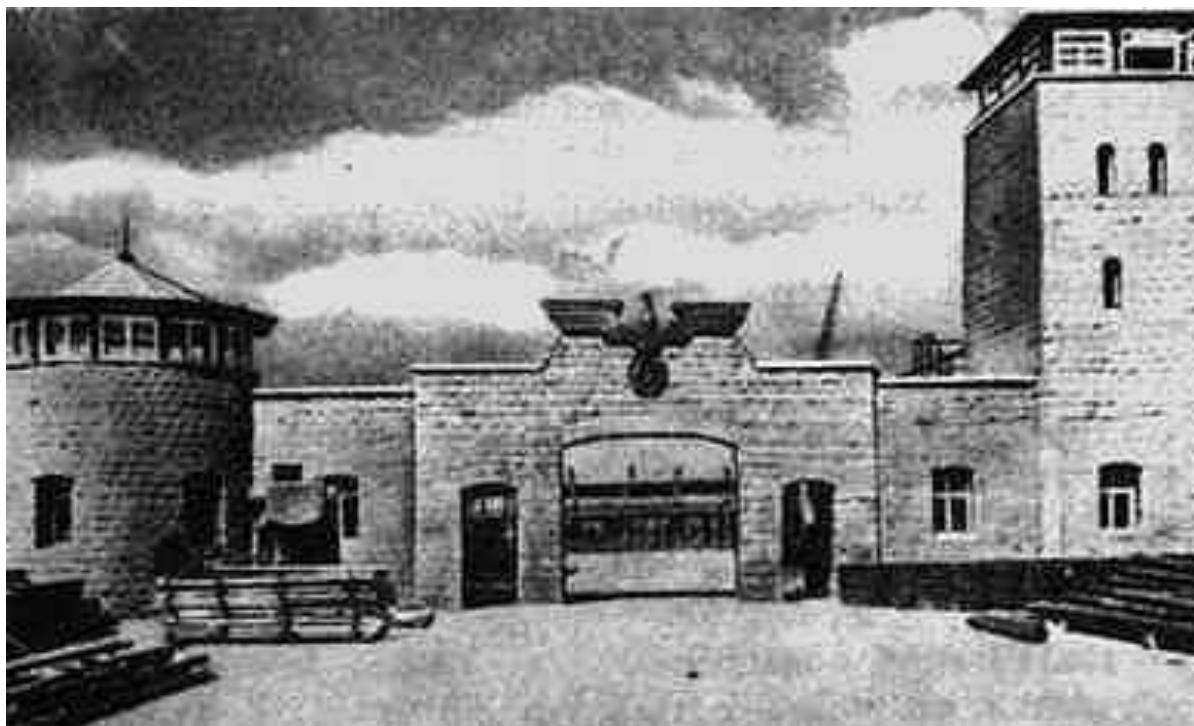
entre Francia y Alemania considerado inexpugnable pero que la realidad demostró lo contrario. Alrededor de 30.000 fueron enviados a la zona comprendida entre la «Línea Maginot» y el río Loira. En los campos de internamiento quedaron los hombres mayores, los mutilados y los considerados peligrosos por sus ideas políticas.

No conocemos el lugar exacto en el que se encontraban los oriundos de Villanueva de Córdoba cuando, en los primeros días de junio de 1940, el ejército alemán destruyó las líneas defensivas francesa y avanzó hacia París, haciendo prisioneros a miles de soldados franceses y españoles de las Compañías de Trabajo. Todos ellos fueron conducidos a campos de prisioneros de guerra, conocidos como *stalag* en la terminología alemana. También llegaron, aunque en menor número, españoles integrados en el ejército francés, los que formaban parte de los Batallones de Marcha o los que se habían alistado en la Legión Extranjera. Aunque no sabemos en que situación se encontraban nuestros paisanos nos inclinamos a pensar que escogieron la opción mayoritaria y fueron apresados cuando realizaban trabajos de fortificación a lo largo de la «Línea Maginot».

Los prisioneros españoles quedaron a la espera de lo que decidieran las autoridades franquistas. El 13 de septiembre Ramón Serrano Súñer, ministro del Interior y de Gobernación, se trasladaba a Alemania para entrevistarse con Hitler y dirigentes del partido nazi, tratando entre otras cuestiones del destino de estos españoles. El 25 del mismo mes, el mismo día de su entrevista con el Führer, se publicó una Orden del Departamento Central de Seguridad del Reich en la que se ordenaba: «En lo que se refiere a los súbditos españoles procede su traslado a un campo de concentración del Reich». Según algunas fuentes Serrano Súñer habría afirmado: «Pueden hacer con esos rojos lo que quieran porque la nueva patria no los considera españoles». De este modo aquellos que habían luchado en defensa de la legalidad republicana perdieron su condición de españoles y fueron considerados apátridas.

Todos los campos de concentración recibieron presos españoles siendo Mauthausen, Buchenwald y Dachau, por este orden, donde más hubo. En estos lugares fueron tratados con especial dureza. Los alemanes los consideraban como extremadamente peligrosos por varias razones: su ideología antifascista, su experiencia militar adquirida tras tres años de guerra civil y su militancia en partidos de izquierdas. Por ello la mayoría fue trasladada al campo de concentración de Mauthausen, considerado como de tercera categoría, es decir para presos considerados irrecuperables y sin ninguna posibilidad de liberación. En todos los expedientes alemanes referidos a los españoles figuraban las iniciales NN (nacht und nebel), noche y niebla, expresión que utilizaban los nazis para designar a los deportados que debía desaparecer sin dejar rastro.²

² Esta expresión fue tomada de una ópera de Ricardo Wagner en la cual uno de los personajes desaparece «entre la noche y la niebla», es decir, en silencio y sin dejar huellas.



Entrada al campo de concentración de Mauthausen

La política que siguieron los nazis hacia estos deportados fue una tarea consciente de aniquilación a través del trabajo: los prisioneros trabajaban hasta morir, es decir, eran sometidos a unas condiciones de vida tan duras (alimentación escasa, trabajos físicos agotadores, castigos continuos, tareas extenuantes, etc.) que les llevaban a una muerte segura. Se calcula que, de los cerca de 12.000 republicanos españoles deportados, más de 10.000 fueron eliminados y de los 1.500 andaluces que pasaron por estos campos las dos terceras partes murieron. De los 500 liberados muchos no lograron sobrevivir a los primeros meses de libertad, a causa de las enfermedades y su extrema debilidad. Fue la puesta en práctica de una política perfectamente planificada de exterminio

2. Los primeros deportados a Mauthausen

Aunque la deportación masiva hacia los campos de concentración se produjo a partir del 25 de septiembre de 1940 el envío de españoles había comenzado antes. El primer contingente llegó de republicanos llegó a Mauthausen el 6 de agosto de 1940. En él viajaban dos hijos de Villanueva de Córdoba: **Bartolomé Coletto Caballero** y **José Antonio Vioque Lorenzo**.

Bartolomé Coletto Caballero había nacido un seis de julio de 1914 en la calle Sol número 21, siendo sus padres Juan Coletto Villarreal y Ana Caballero García. Su padre era jornalero por lo que su infancia estuvo marcada por las penosas condiciones de vida que entonces sufría la clase trabajadora. Con el fin de sustraerse al duro trabajo del campo aprendió el oficio de zapatero. En diciembre de 1935 fue llamado a filas para cumplir el Servicio Militar Obligatorio por lo que la sublevación militar le sorprendió como soldado, creemos que en Madrid. Combatió en Madrid, Pozoblanco y en la batalla

del Ebro y como tantos soldados republicanos cruzó la frontera francesa en enero o febrero de 1939. Al comenzar la II Guerra Mundial se encontraba formando parte de un Batallón de Trabajadores.

José Antonio Vioque Lorenzo nació el once de septiembre de 1919 en el Callejón de la Fuente del Sordo (desconocemos su ubicación). Sus padres fueron Casimiro Vioque Fernández y Catalina Lorenzo Sánchez. No sabemos en qué momento se incorporó al ejército republicano y si, debido a su juventud, lo hizo de voluntario. Se encontraba enrolado en una Compañía de Trabajadores cuando se produjo el ataque alemán a las líneas francesas.

Ambos fueron detenidos e internados en el *Stalag* VII-A en Moosburg cerca de Munich (Alemania) junto con 50.000 prisioneros. La Gestapo procedió a la localización y toma de datos de todos los españoles del campo y el día 4 de agosto se les anunció que iban a ser trasladados a España. Pero el destino no era otro que el campo de concentración de Mauthausen, al que llegaban dos días después, el 6 de agosto a las ocho de la mañana. El viaje en tren durante dos días y en pleno verano fue una tortura: los prisioneros viajaban sin agua ni comida, hacinados en los vagones y obligados a hacer sus necesidades en el mismo vagón. A la llegada al campo de concentración a Bartolomé Coletto se le asignó un número y perdió su nombre: a partir de ese momento sólo era el 3.332. A su lado se encontraba Rafael Vázquez Moreno, el único deportado de Pozoblanco, al que se le asignó el número 3.331. La proximidad de ambos pueblos debió unir a estos hombres.

Mauthausen estaba situado en la cima de una colina, distante 6 kilómetros de la población del mismo nombre, en territorio austriaco. Se empezó a construir en marzo de 1938, después de la anexión de Austria a Alemania, por parte de presos procedentes del campo de concentración de Dachau, el primer campo de concentración nazi. A partir de 1940 experimentó un crecimiento progresivo al crearse una serie de subcampos en torno al campo central, ubicados en distintos lugares de Austria, hasta llegar a los 49. También dependían de Mauthausen más de 470 destacamentos o grupos de trabajo (*kommandos*).

Antes del comienzo de la guerra servía como lugar de detención de presos políticos y de grupos sociales perseguidos por el nazismo (homosexuales, católicos, minorías religiosas). En el momento de la llegada de los españoles también había muchos presos polacos y delincuentes comunes, los cuales se encargaban de la administración, a diferencia de otros campos en los que esta labor correspondía a los presos políticos. Esto contribuía a hacer más dura aún la vida en el campo pues estos individuos para hacer méritos ante los nazis trataban a los prisioneros con extrema crueldad.

A partir del 6 de agosto de 1940 hasta su liberación el 5 de mayo de 1945 Bartolomé Coletto y José Antonio Vioque vistieron sus uniformes de presidiarios de rayas blancas y azules verticales, junto con un triángulo azul y una S de *spanier* (español). Y nos llama la atención cómo pudieron sobrevivir casi cinco años en unas condiciones de vida tan terribles como las que nos cuentan los supervivientes:

Había gente que moría el mismo día que llegaba. Se trabajaba todo el día desde las siete de la mañana hasta la noche, diez u once horas al día. Lloviera o no lloviera estabas todo el día trabajando. Por la noche, cuando llegabas al campo, no entrabas en la barraca, te quedabas en la calle con el frío y la lluvia y allí te daban de comer. Uno se acostaba con la ropa mojada. La chaqueta te la quitabas, la ponías en la cabecera y a la mañana siguiente te ponías la camiseta del día anterior y muchos estaban muertos, porque el estado físico te debilitaba.

Allí entrabas, te daban un número y perdías tu nombre, te convertías en un animal.... Nos daban un pantalón de rayas, chaqueta, camiseta y gorra. Pasábamos muchísimo frío. La vestimenta te tenía que durar todo el tiempo. Nos duchábamos todas las semanas para no contagiarlos a ellos, pero la ropa era siempre la misma. La ropa no la lavaba nadie, siempre la llevabas puesta. Los calzoncillos con el tiempo iban desapareciendo; cuando se te rompían te quedabas sin ellos.

Cada día te daban en la comida un litro o tres cuartos de agua con dos cascós de patatas y un trozo de col hervida. Por la mañana un vaso de agua caliente. Por la noche un trozo de pan que no era de harina y un poco de mantequilla o un poco de salchichón. La comida venía preparada de la cocina del campo. Si había 200 presos en la barraca se repartía y te la comías en un par de bocados. Si llovía o no, siempre estabas en la calle. A la cantera llegabas a la siete de la mañana, te daban un cazo de agua y eso era igual para todo el mundo.

Los hombres se iban consumiendo poco a poco, hasta que te caías, te morías. Lloviendo, haciendo frío, a trabajar. A la enfermería no quería ir nadie porque, aunque sólo tuvieras un resfriado, te ponían una inyección de gasolina y al crematorio. Estábamos como animales.³

El peor destino era trabajar en la cantera que menciona este testimonio. Los prisioneros, cargados con piedras de 10 a 30 kilos (algunas igualaban en peso a los presos) debían subir, una y otra vez sin descanso, la escalera de 186 peldaños que coronaba el campo. Durante el trayecto eran sometidos a todo tipo de malos tratos y vejaciones. Un número muy elevado de españoles encontraron aquí la muerte por lo que la cantera de Mauthausen y su trágica escalera de 186 peldaños se han convertido en un símbolo del sufrimiento de los que allí trabajaron.

Eludir el trabajo en la cantera significaba la posibilidad de sobrevivir. Esto era posible si se podía conseguir alguno de los trabajos considerados más llevaderos, como empleados en el almacén de ropa, ayudantes de cocina, barberos, zapateros... o formando parte de algún *kommando* en algún subcampo dependiente de Mauthausen donde las condiciones de vida no fueran tan duras. En el caso

³ CHECA, S., DEL RÍO, A. y MARTÍN, R.: *Andaluces en los campos de Mauthausen*, Consejería de la Presidencia, Sevilla, 2006, p. 74. Testimonio de Alfonso Cañete Jiménez.

de Bartolomé su oficio de zapatero le salvó la vida, aunque no le evitó realizar terribles tareas como arrastrar hacia los hornos crematorios carros llenos de seres humanos moribundos, bajo los golpes de los fusiles alemanes, según nos cuenta su hijo desde Francia.

Tras la liberación del campo por las tropas americanas, Bartolomé Coletto y José Antonio Vioque se instalaron, como casi todos los españoles liberados, en Francia, el país que esta vez sí los acogió, pues no podían regresar a España. Aquí consiguieron rehacer su vida y formar una familia. Bartolomé después de permanecer en el hospital, enfermo de tifus, consiguió comunicar a su familia de Villanueva que se encontraba vivo, aunque sin dar más señas. Hacia 1960 su hermano y sus padres viajaron a Francia para verlo después de más de 16 años de separación.

Murió en Laon, ciudad situada a unos 150 kilómetros de París, donde se había instalado con su familia, a los 91 años.

3. Nueva llegada de jarotes

El 13 de diciembre de 1940 llegaba a Mauthausen un nuevo contingente compuesto por 846 españoles. En él iban dos vecinos de Villanueva de Córdoba: **Juan Capitán Cabrera y Antonio Sánchez Sáez**.

Juan Capitán Cabrera nació el 9 de diciembre de 1909 en la calle Pedroche, número 40, siendo sus padres Juan Capitán Moreno, de profesión jornalero, y María Antonia Cabrera Díaz. Cuando se produjo el golpe militar tenía 27 años siendo llamado a filas. En febrero de 1939 cruzó la frontera francesa, formando parte del ejército derrotado y fue internado en un campo de concentración francés. Enrolado en una Compañía de Trabajadores extranjeros fue hecho prisionero, posiblemente entre el 20 y 26 de mayo de 1940 y trasladado a Saint-Dié (Vosgos) y unos días más tarde al *Stalag* V-D en Estrasburgo.

Antonio Sánchez Sáez había nacido el 23 de agosto de 1914 en Chercos (Almería) una pequeña aldea situada en la Sierra de los Filabres. Era hijo de Ramón Sánchez, de profesión jornalero, y de María Sáez. No sabemos qué circunstancias llevaron a este matrimonio a residir en Villanueva. La guerra le sorprendió haciendo el Servicio Militar. Cruzó la frontera francesa, pasó por los campos de concentración franceses y posiblemente se encontrara junto a Juan Capitán en el momento de ser hecho prisionero.

Algunos supervivientes de esta expedición cuentan las vicisitudes por las que pasaron nuestros compatriotas:

En cuanto llegamos [al stalag] nos alojaron en cobertizos de exposición y se procedió a clasificarnos por nacionalidades. El hambre empezaba a hacer estragos, sobre todo entre

nosotros que habíamos padecido tantas privaciones. Afortunadamente algunos grupos fueron enviados a buscar avituallamiento al campamento de las tropas alemanas que llegaban en barcas por el Rin. [...] En el transcurso del mes de Noviembre el control sobre los prisioneros españoles fue haciéndose cada vez más estricto y a primeros de Diciembre la Gestapo instaló oficinas. Interrogó, uno por uno, a todos los antiguos combatientes de la República española, diciéndonos que seríamos enviados a trabajar en las minas y asegurándonos que, si nuestra conducta era buena, podríamos regresar a nuestro país.

El 11 de Diciembre se hizo formar a todo el contingente español y lo rodearon SS armados con metralletas y acompañados de perros lobos. Tuvimos que cruzar toda la ciudad hasta la estación. [...] Nos hicieron subir en vagones de tercera clase herméticamente cerrados y así atravesamos toda Alemania, pasando por Stuttgart y Nuremberg.⁴

Los de la Gestapo nos metieron en vagones de carga. Fueron tres días y tres noches encerrados sin agua ni comida, haciendo nuestras necesidades en un rincón del vagón, que estaba precintado, con vómitos, diarreas y sin saber adónde íbamos. Llegamos a la una y media de la madrugada del 13 de Diciembre de 1940. Había una nevada espectacular. Conforme descendíamos de los vagones nos molían a palos, los perros nos mordían y así seguimos hasta la cima de un monte. En el camino se quedaron tres o cuatro muertos. Si te esperabas a ayudar a algún camarada te pegaban con palos y los fusiles en la cabeza. Te la rompían, porque el que caía al suelo ya no se levantaba. Lo remataban allí mismo.⁵

A partir de este momento sólo eran un número: a Juan Capitán se le asignó el 4.665 y Antonio Sánchez recibió el 5.264. Al día siguiente ya eran víctimas de la política de exterminio practicada por los nazis contra los españoles: trabajo extenuante (jornadas de 11 y 12 horas), alimentación escasa, atención médica inexistente, hacinamiento, castigos físicos continuos, etc. Como ya hemos mencionado, en Mauthausen se practicó el exterminio a través del trabajo: los presos permanecían vivos unos meses hasta que el agotamiento y el hambre terminaban con ellos. Se ha estimado que pasaron por este campo unas 200.000 personas de las que murieron más de la mitad.

Cuando los prisioneros se encontraban enfermos o demasiado débiles para trabajar eran enviados al «hospital» para su eliminación directa o al subcampo de Gusen, donde la muerte era más lenta. El primer envío de españoles a Gusen tuvo lugar el 24 de enero de 1941 y en él iba Juan Capitán junto con 821 compañeros republicanos. Suponemos que llegaría a Mauthausen en muy malas condiciones físicas cuando, sólo un mes más tarde, era enviado a ese terrible lugar. Los deportados creían que los enviaban a un sanatorio y, a pesar de su estado físico, tuvieron que hacer el recorrido a

⁴ RAZOLA, Manuel y CONSTANTE, Mariano: *Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, Ediciones 62, Barcelona, 1969, 1ª parte, p. 5. Testimonio de Patricio Serrano.

⁵ Testimonio de José Jornet Navarro. Entrevista en ABC el 4 de agosto de 2001.

pie, unos 4 kilómetros, con una temperatura de 25 grados bajo cero. Al llegar le asignaron un nuevo número: 9.090. (El número siguiente era un paisano de Montilla, José Carrasco Navarro, concejal socialista en las elecciones de 1931). Las condiciones de este campo eran durísimas pero, a pesar de ello, Juan Capitán pudo sobrevivir casi un año.

Gusen era la última etapa de la exterminación, el matadero, como lo bautizamos más tarde los españoles, adonde iban a parar todos los que no servían para nada en Mauthausen. [...] Todo el que en el campo central era considerado inepto para la producción era enviado a Gusen, donde con un régimen de vida aún más draconiano que el nuestro eran exterminados los deportados.⁶

A partir del 24 de enero siguieron llegando transportes, procedentes del campo central, con miles de españoles que, junto con los polacos, representaban la segunda nacionalidad en importancia. Y en este lugar hallaron la muerte más de 4.000 republicanos, víctimas de las condiciones inhumanas del trabajo, el frío, las enfermedades, el hambre, las palizas y las torturas. Las cámaras de gas fueron su último destino. Sin duda alguna, los métodos de tortura y aniquilación superaban en perversión a los de Mauthausen.

La jornada de trabajo dejaba diariamente su rastro de muerte:

Procedentes de las canteras llegaban al interior del campo remolques tirados a brazo, cargados de muertos y moribundos, deportados que ya durante el trabajo de la mañana habían llegado al máximo extremo del agotamiento físico o que habían sido abatidos por los kapos [presos colaboradores de los nazis] y los SS. Estos presos venían a engrosar las filas de cadáveres y moribundos que ya estaban alineados en la plaza central del campo. Los que concluían, moribundos, la jornada eran dejados a la intemperie, con temperaturas de 10 o 15 grados bajo cero o sometidos a duchas heladas por la noche.⁷

Un medio que tenían los españoles para sobrevivir, por lo menos un cierto tiempo, era conseguir trabajo en uno de los *kommandos* o grupos de trabajo considerados menos duros. Esto suponía una lucha diaria con los demás presos por conseguir los mejores lugares:

De entrar a formar parte de uno o de otro kommando dependía entrar por la tarde con su pie o cargado en los remolques. [Así pues] la lucha era desesperada por incorporarse a las formaciones de trabajo consideradas como mejores, dejando vacías las canteras y sobre todo el pozo [un agujero de unos 15 metros de profundidad]. Para impedir esto estaban allí los

⁶ CONSTANTE, Mariano: *Los años rojos. Españoles en los campos nazis*, Círculo de lectores, Barcelona, 1975, p. 121.

⁷ Testimonio de Eufemio García. Entrevista en *El Correo de Zamora* el 6 de marzo de 2005.

*kapos y los SS. Con estacas, gomas llenas de arena, mangos de picos y otros artefactos cortaban aquellos racimos humanos que se aferraban, como náufragos a una tabla, a estas formaciones donde creían salvarse. [Los que no lo lograban] eran incorporados a fuerza de palos y golpes a los peores kommandos. Los deportados que habían sido cogidos para el pozo salían de las filas, escapándose en un intento supremo por salvar su vida y después de ser perseguidos por un enjambre de kapos y salvajemente golpeados, quedaban muchos de ellos tendidos por tierra, para ser más tarde eliminados en el interior del campo; otros salían ya al trabajo en una situación física desastrosa.*⁸

Se puede afirmar que más de dos tercios de los españoles internados en Mauthausen fueron enviados a Gusen y de estos el 90 % murió, la mayoría entre 1941 y 1942. Especialmente crueles fueron los meses del invierno de 1941 cuando los nazis procedieron a eliminar presos de la enfermería mediante duchas de agua helada o dejándolos a la intemperie durante toda la noche.

*Hacia el mes de noviembre del fatídico año 1941 empezaron las grandes escogidas de inválidos. Los designados con la cifra nº 1 eran considerados todavía aptos para el trabajo. A los que adjudicaban el nº 2 distribuían entre sus amigos y conocidos las prendas mejores que llevaban a cambio de otras más usadas, pues como iban al crematorio por etapas muy rápidas ya no tendrían necesidad de nada.*⁹

Juan Capitán falleció el 13 de diciembre de aquel terrible invierno a los 32 años, tras casi un año de sufrimiento y penalidades, en aquel horrible lugar que aún existe como evidencia de la perversidad a la que es capaz de llegar el ser humano.

Por su parte Antonio Sánchez consiguió sobrevivir, ayudado por sus compañeros. A él posiblemente se refería Patricio Cruz en este testimonio:

*A pesar de que resultase casi imposible ayudar a los enfermos en aquellos tiempos, conseguimos salvar a algunos de nuestros compatriotas. Entre ellos a Bargueño, Castillo, Balaguer, Aureliano, **Sánchez** y algunos otros.*¹⁰

4. Más jarotes en Mauthausen

Un nuevo grupo formado por 774 republicanos españoles llegaba el 25 de enero de 1941. En él viajaban **Patricio Cruz Coletto** y **José Muñoz Rubio**, de Villanueva de Córdoba.

⁸ Testimonio de Ricardo Rico. Entrevista en *El Correo de Zamora* el 13 de marzo de 2005.

⁹ Testimonio de Eufemio García. Entrevista en *El Correo de Zamora* el 6 de marzo de 2005.

¹⁰ Testimonio recogido en la Moción presentada por el grupo municipal de Izquierda Unida en el Ayuntamiento de Pozoblanco (Córdoba) el 17 de octubre de 2005.

Patricio Cruz Coletto había nacido el 12 de septiembre de 1911 en la calle Sol número 4, siendo sus padres Acisclo Cruz Villarreal y Ángeles Coletto Cachinero. De padres jornaleros tuvo que ponerse a trabajar a temprana edad, aprendiendo el oficio de albañil. El final de la guerra le sorprendió en Cataluña y como tantos españoles pasó por los campos de internamiento franceses. Afortunadamente tenemos su propio testimonio, recogido por Francisco Moreno Gómez¹¹ que vamos a resumir.

El 9 de febrero de 1939 pasó la frontera y, tras una marcha de 50 kilómetros a pie, fue internado en el campo de concentración de Saint Cyprien donde permaneció hasta que, asignado a la 116 Compañía de Trabajadores Extranjeros, fue enviado a finales de este año a la «Línea Maginot» con objeto de realizar obras de fortificación. Aquí le sorprendió la invasión alemana:

Al producirse la invasión alemana, los jefes militares franceses claudicaron, mientras que los soldados franceses y españoles, medio millón de hombres, sin mandos, nos retiramos hacia Dunkerque. Los españoles íbamos sin armas y sin comida. Con todo, prestamos un gran servicio ayudando a cubrir la retirada de los ingleses, los cuales, al subir a sus barcos, no consintieron que ninguno de nosotros se salvara con ellos, sino que nos repelieron con sus bayonetas, dejando a algunos muertos sobre la playa.

Detenido por los alemanes fue internado en el *Stalag XII- D* en Treveris, en las proximidades de la frontera de Alemania con Luxemburgo, después de haber hecho parte del recorrido a pie, en jornadas agotadoras, a veces de casi 50 kilómetros. En el campo de prisioneros permaneció desde junio de 1940 hasta el 22 de enero de 1941 que fue llevado, junto con otros 773 republicanos españoles, a la estación de Tréveris, donde embarcó en vagones de ganado con destino desconocido. Las condiciones del viaje las describe así un superviviente:

A empujones, culatazos, patadas y gritos fuimos obligados a subir a los vagones de mercancías, los más jóvenes y válidos ayudando a los más débiles. Antes de cerrar escrupulosamente los repletos vagones, fueron arrojados en su interior recipientes, receptores de nuestras necesidades durante un viaje que se prolongó tres días. [...] En plena noche, sin luz, carentes de agua y comida, sin paradas para las necesidades fisiológicas, determinantes de convertir el aire en irrespirable, luchando por aplicar la boca en las rendijas de las puertas o en las reducidas ventanillas alambradas a la espera de recibir un halo de aire fresco, era toda una odisea. Si bien era intenso el frío en el exterior, muchos de nuestros compañeros

¹¹ MORENO GOMEZ, F.: *Córdoba en la posguerra. La represión y la guerrilla (1939-1950)*, Francisco Baena Editor, Córdoba, 1987, pp. 323-325.

*perecieron por asfixia, siendo colocados sus cuerpos inertes por nosotros mismos, apilados en un rincón con el deseo de ganar una quimérica mayor libertad de movimiento.*¹²

Patricio recibió el número 4.184. Junto a él se encontraba su paisano **Francisco José Muñoz Rubio** que recibió el número 4.185.

Francisco José Muñoz Rubio nació el 9 de marzo de 1914 en la calle Cervantes, siendo sus padres Francisco Muñoz Díaz, de profesión jornalero, y Ana María Rubio Cobos. Trabajaba en una imprenta cuando en diciembre de 1935 era llamado a filas para realizar el Servicio Militar. Al producirse la sublevación se encontraba en Madrid por lo que, como soldado, tuvo que participar de forma directa en los primeros combates. En septiembre se alistaba como miliciano en el Batallón Acero, encuadrado en el Quinto Regimiento y en diciembre de 1937 era nombrado sargento del ejército regular. Tras la batalla del Ebro cruzó la frontera y, formando parte de una Compañía de Trabajadores, fue hecho prisionero.



Francisco Muñoz Rubio, a comienzos de la guerra civil

No sabemos en que momento compartió el mismo destino que Patricio Cruz. Lo que sí es seguro es que ambos se encontraban en el mismo campo de prisioneros donde se le asignó el número 37.152 y que juntos hicieron el terrible viaje hasta Mauthausen. A partir de aquí su destino les separó.

A los pocos días de la llegada de los españoles el comandante del campo Frank Ziereis, cumpliendo órdenes directas de Hitler, ordenó amurallar todo el recinto. Por esta razón se empezó a buscar entre los prisioneros a los albañiles y a todos los que supiesen de construcción. Al frente de las obras se puso un español, Manuel Rifaterra Aguilar, que consiguió emplear al mayor número posible de compatriotas a fin de librarlos del mortífero trabajo en la cantera. Entre los prisioneros empleados para este trabajo se encontraba Patricio Cruz.

A mediados de este año fue asignado a un *kommando* para realizar construcciones fuera del campo y más tarde enviado a otro campo dependiente de Mauthausen llamado Steyr. Aquí le sorprendió la liberación el 5 de mayo de 1945. Así lo cuenta nuestro protagonista:

¹² BATISTE, Francisco: *El sol se extinguió en Mauthausen. Vinarocenses en el infierno nazi*, Editorial Antinea, Vinaroz, s. f., parte 4ª, p. 3.

El momento más dramático fue cuando intuimos que se acercaba el final y pensamos que tal vez nos liquidarían a todos antes de la rendición. Como los albañiles estábamos trabajando fuera, teníamos la consigna de que, si nos liberaban primero a nosotros, debíamos volver de inmediato en ayuda de los que estaban dentro del campo. Luego todo terminó sin la catástrofe que temíamos, aunque nuestra alegría final estuvo enturbiada por los montones de cadáveres que quedaban a nuestro alrededor y por el estado crítico de muchos, esqueléticos, sin fuerzas para disfrutar de la liberación.

Durante su estancia en Mauthausen Patricio tomó parte muy activa en la organización política de los españoles y en la red de solidaridad que crearon para poder sobrevivir, y formó parte de algunos organismos de dirección como el Comité Internacional. Gracias a él algunos españoles se libraron de la muerte al ocultar a compañeros enfermos o dando comida a los que se encontraban más débiles. Por esta causa sufrió terribles palizas.

Tras la liberación Patricio rehizo su vida en Francia, donde vivió hasta su muerte acaecida en Burdeos el 15 de junio de 1992.

Su compañero y paisano no tuvo la misma suerte. Sometido a las duras condiciones de vida de Mauthausen (hambre, palizas, hacinamiento, falta de higiene, castigos terribles), dedicado a transportar piedras en la fatídica escalera de la cantera durante doce horas, sus condiciones físicas se deterioraron. Por ello, el 8 de abril, dos meses después de su llegada al campo de concentración, era enviado al infierno de Gusen. Sin embargo, aún pudo sobrevivir más de un año. No es difícil imaginar los momentos tan terribles que tuvo que vivir en todo este tiempo. Pero, como más del 90 % de los españoles que pasaron por este lugar, no pudo resistir y murió el 15 de mayo de 1942 a los 28 años.

5. Los últimos deportados a Mauthausen

El día 3 de marzo de 1941 llegaba un nuevo grupo compuesto por 254 republicanos españoles procedentes del *Stalag* X-B en Sandbostel, lugar situado entre Bremen y Hamburgo (Alemania). En él viajaba **José Cerro Coletto**, de Villanueva de Córdoba.

José Cerro Coletto nació el 16 de enero de 1908 en la calle Dehesilla, número 10, siendo sus padres Miguel Cerro Carbonero, de profesión jornalero, y Ana Coletto Gutiérrez. Era el menor de tres hermanos. Con 9 años quedó huérfano de padre por lo que su madre tuvo que sacar adelante con muchas penurias a sus tres hijos. Tras la guerra civil y su internamiento en un campo de concentración francés se alistó en una Compañía de Trabajadores y fue hecho prisionero por los alemanes. Posiblemente pasó por diversos campos de prisioneros y acabó confinado en el *Stalag* X-B en Sandbostel, al norte de Bremen (Alemania).

Desde este campo partió hacia Mauthausen el 28 de febrero de 1941. La llegada al campo de concentración tuvo lugar tres días más tarde, el 3 de marzo, y se le asignó el número 3.284. Es bastante probable que trabajara en la fatídica escalera de los 186 escalones en la que los presos debían transportar enormes piedras, por lo que cuatro meses más tarde, como consecuencia de su deterioro físico era enviado al temible Gusen para su eliminación. Como ya hemos indicado, las condiciones de este lugar eran aún más duras que las del campo central, pero aún pudo aguantar cuatro meses más. Murió el 1 de noviembre a los 33 años. Este mes se convirtió en uno de los de mayor mortalidad pues, de los 4.000 españoles enviados a Gusen a lo largo de 1941, murieron en estos días más de 900.

El último jarote deportado a Mauthausen llegaba el 26 de abril de 1941 procedente del campo de prisioneros XI-A en Altengrabow, cercano a la ciudad alemana de Magdebourg. Se trataba de **Damián Castro Molinero**.

Había nacido el 27 de septiembre de 1914 en la calle Fuente, siendo sus padres Juan Pablo Castro Cantador, jornalero, y María Molinero Plazuelo. Sabemos que fue excluido del Servicio Militar por ser corto de talla, pero llamado a filas al inicio de la guerra. Como el resto de sus paisanos fue hecho prisionero en la primavera de 1940 y tras pasar por varios campos de prisioneros es probable que, junto a otro grupo de españoles fuese trasladado el 10 de enero de 1941 al *stalag* de Altengrabow, desde donde el 24 de abril salió junto a otros 469 compañeros republicanos. Dos días más tarde llegaba a Mauthausen y se le asignaba el número 3.477. Como su paisano José Cerro quizá trabajara en la escalera donde tantos españoles dejaron su sangre y que su salud se fuera deteriorando progresivamente, por lo que el 20 de octubre era trasladado a Gusen. En este fatídico lugar consiguió sobrevivir casi tres meses, falleciendo el 19 de enero de 1942 con 28 años. El invierno de 1941 fue especialmente trágico para los oriundos de Villanueva de Córdoba: de los cuatro fallecidos, tres lo hicieron en este periodo.

6. El campo de concentración de Buchenwald

La mayoría de los republicanos españoles que pasaron por campos de concentración lo hicieron en Mauthausen: se trataba, como ya hemos señalado, de miembros de Compañías de Trabajo que se encontraban en primera línea del frente de guerra cuando cayeron prisioneros de los alemanes. Sin embargo, un grupo bastante numeroso de compatriotas no tuvo este destino, bien porque consiguió evadirse de los campos de prisioneros o bien porque se encontraba en la retaguardia trabajando en fábricas militares o en explotaciones agrícolas. Su ideología antifascista y su experiencia militar les llevó a integrarse en la resistencia francesa en fecha muy temprana: los primeros grupos se empezaron a organizar a mediados de 1940, especialmente en el sur y suroeste de Francia.

En 1942 la resistencia estaba firmemente establecida, favorecida por todos aquellos que huían de los trabajos que obligatoriamente tenían que prestar para las empresas alemanas y francesas. Por esta causa, a partir de este año todos los españoles deportados a campos de concentración lo fueron por su participación en la resistencia francesa. Estas deportaciones no se realizaron exclusivamente a Mauthausen, como hasta ahora, sino a otros campos especialmente al de Buchenwald. A este lugar llegaba el 19 de enero de 1944 un hijo de Villanueva de Córdoba: **Leopoldo Dueñas Fernández**.

Había nacido el 12 de octubre de 1912 en la calle Navaluenga número 17, siendo sus padres Benito Dueñas Pedragrosa, de profesión jornalero, y Catalina Fernández Romero. Era el único varón de cuatro hermanos. Cruzó la frontera francesa en febrero de 1939 y junto a miles de republicanos vivió las penosas condiciones de los campos de concentración franceses. No conocemos cómo llegó a participar en la resistencia ni las circunstancias de su detención. Es posible que fuera torturado antes de ser enviado al campo de detención de Compiègne, situado a unos 87 kilómetros de París y donde, antes de ser deportados, encerraban a todos los detenidos, acusados de realizar actividades en contra de los nazis y del régimen colaboracionista del mariscal Petain. Se calcula que a lo largo de 1943 y 1944 más de 1.000 españoles fueron enviados desde Compiègne hacia distintos campos de concentración. El 17 de enero salía en un transporte compuesto por 1.943 hombres, entre ellos más de 200 españoles, hacia Buchenwald, al que llegaba dos días más tarde.

Este campo de concentración, situado en Alemania oriental a unos 6 kilómetros de la ciudad de Weimar, había sido inaugurado en julio de 1937. Fue destinado a prisioneros políticos, judíos, homosexuales, antisociales... pero al comenzar la guerra empezó a acoger presos de todas las nacionalidades de tal modo que el día de la liberación el 95 % de los detenidos eran extranjeros. Alrededor del campo central existían numerosos subcampos en los que los prisioneros, en régimen de esclavitud, trabajaban en la industria de armamento, la cantera y la construcción de edificios. Especialmente duro era el subcampo de Dora: se trataba de una fábrica subterránea donde se fabricaban, a partir de 1943, las bombas volantes V1 y V2. Más de 10.000 muertos, muchos de ellos españoles, costó la construcción de los túneles y la instalación de la fábrica; y de los 60.000 prisioneros que trabajaron en la producción más de 20.000 murieron a causa de las brutales condiciones de trabajo y alojamiento.

A pesar de no ser un campo de exterminio se realizaron asesinatos en masa a prisioneros de guerra, especialmente soviéticos, y se llevaron a cabo experimentos biológicos y químicos, utilizando como conejillos de Indias a los prisioneros. Periódicamente todos los presos tenían que participar en una selección: los que se encontraban más débiles eran enviados a otros centros para su eliminación en las cámaras de gas o eran asesinados con inyecciones de fenol en el propio campo.

Cuando entrabas en el campo dejabas de ser un hombre para convertirte en un número. Te despojaban de tus ropas, te afeitaban como si fueras un animal y a partir de ahí no ocurría

nada bueno, lo que importaba era sobrevivir para poder contarlo [...]. La gente estaba muy débil, se desplomaba cuando caminaba entre las calles que unían los distintos barracones, pues pasaban con carros y cogían los cuerpos como si fueran desperdicios [...]. Si algo había en los campos era solidaridad, éramos todos uno, si no cómo íbamos a soportarlo [...]. De no tener a alguien fuera que te ayudase proporcionándote ropa y cobijo era imposible [...].¹³

Fue esta red de solidaridad creada por los españoles la que, como en Mauthausen, salvó a muchos de la muerte, no sólo compartiendo la comida y el alojamiento sino intentando evitar ser trasladados a otros subcampos, como el de Dora.

Posiblemente en el momento de la liberación Leopoldo Dueñas se encontraba en el campo central junto a Jorge Semprún, que describe así el día de la liberación el 11 de abril de 1945:

Llevábamos una semana sin salir a trabajar porque el ejército de Patton estaba cerca y se oía el ruido de la batalla. En la mañana del día 11 los alemanes dan orden de evacuar y es entonces cuando aparecen centenares de armas. Los deportados armados empezaron una marcha hacia Weimar, que estaba a 6 kilómetros. Y los tanques americanos que iban hacia el campo se encontraron con que por la carretera bajaba un ejército armado de desarrapados. Fue emocionante.¹⁴

Como el resto de sus paisanos, Leopoldo rehizo su vida en Francia, pero su vida quedó marcada por todos los horrores que había visto y vivido. Intentó olvidar y nunca quiso volver a hablar de la guerra. A pesar de ello el recuerdo de su estancia en el campo de concentración le hizo sufrir hasta el final de sus días. Falleció en 1982, a los 70 años.

7. Reconocimiento a las víctimas

Sufrimiento es la palabra que resume la vida de estos hombres. Sufrimiento por encontrarse lejos de su pueblo, de su patria y de su familia, y no poder volver a su reencuentro. Imposible borrar de la memoria los años de la infancia y juventud, los seres queridos, los amigos, los conocidos.

Sufrimiento al pensar en la situación de la posguerra en España, qué suerte tenían reservada los vencedores a los familiares, qué sería de padres y hermanos. Y con el problema de no comunicarse con ellos por miedo a las consecuencias que suponía recibir noticias de un «rojo».

Sufrimiento, por último, por las terribles situaciones vividas en el campo de concentración. Tales escenas de crueldad y barbarie nunca pudieron ser olvidadas por los que las vivieron: cómo

¹³ Testimonio de Marcelino Gracia Zalaya. Entrevista en *Heraldo de Aragón* el 5 de febrero de 1995.

¹⁴ Entrevista en *El País Dominical*, el 5 de junio de 1995.

olvidar a tantos compañeros apaleados, torturados, ahorcados, gaseados, empujados a las alambradas eléctricas...

Ya es hora de reconocer públicamente a las víctimas de esta barbarie, símbolos en la lucha contra el fanatismo y la intolerancia, cuyo único delito fue defender la legalidad constitucional. Recuperar su memoria significa reafirmar los valores democráticos que hoy día defendemos. Además la lucha de estos hombres por sus ideales constituye una lección moral que no debemos olvidar.

Nada en la localidad recuerda a quienes murieron tan lejos del pueblo que les vio nacer. Por ello Villanueva de Córdoba debe hacer justicia a sus hijos: la construcción de un monolito conmemorativo y la dedicación del nombre de los deportados a calles de la localidad podrían ser algunas de las acciones que recordasen a estos paisanos, hoy tan injustamente olvidados.